

UN SEÑOR, UNA FE, UN BAUTISMO

En ocasiones surge la pregunta: ¿Por qué los miembros de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días afirman que su iglesia es la única verdadera?

Para algunos es una muestra de soberbia de nuestra parte. Otros reciben nuestra afirmación como un ataque a sus creencias. Muchos sostienen lo mismo respecto de su propia denominación religiosa.

Existen quienes discrepan con nuestro testimonio pues entienden que son variados los caminos que llevan a Dios, bastando que, por seguirlos, cada uno se torne una persona mejor, más caritativa, más servicial, más bondadosa.

Existen también quienes afirman que ni siquiera somos cristianos pues interpretan que adoramos a un Cristo diferente del que presenta la Biblia.

Por otro lado, al constatar que, además de la religión cristiana, existen muchas otras religiones entre los pueblos diseminados por el planeta, y que el número de ateos está creciendo sostenidamente, un observador objetivo podría concluir que, con respecto al conocimiento de Dios, existe un caos mundial.

En un estudio reciente¹, llevado a cabo por eruditos en la materia, se han contabilizado unas 10 000 distintas religiones. De ellas 150 tienen un millón o más de fieles. Ese estudio, que llevó más de diez años de trabajo, contó que, dentro del cristianismo, existen unas 33 820 denominaciones.

Según sus autores, “una denominación es definida... como un agregado de centros de culto organizados o congregaciones con una tradición eclesiástica similar dentro de un país específico; esto es, como una iglesia cristiana organizada o tradición o grupo religioso o comunidad de creyentes, dentro de un país específico, cuyos congregantes y miembros son llamados por la misma denominación o nombre en diferentes lugares, considerándose a sí mismos como una iglesia cristiana autónoma distinta de otras denominaciones, iglesias y tradiciones. De acuerdo a esta definición, el mundo cristiano se compone de seis grandes bloques eclesiástico-culturales, divididos en trescientas tradiciones eclesiásticas principales, compuestos por más de 33,000 distintas denominaciones en 238 países, estas denominaciones a su vez compuestas por aproximadamente 3.400,000 centros de culto, iglesias y congregaciones.”²

A la luz de estas estadísticas, de las declaraciones contradictorias que se oyen por doquier, de los conflictos y de las divisiones que separan a quienes manifiestan profesar el objetivo común de una justicia y paz mundiales, podría deducirse que el hombre no está capacitado para conocer la Verdad o que ésta, en definitiva, no existe.

¿Qué podemos responder los Santos de los Últimos Días ante tales planteamientos?

Dado que nuestra posición *no es de confrontación* ni pretendemos otra cosa que “reclam(ar) el derecho de adorar a Dios Todopoderoso conforme a los dictados de nuestra propia conciencia, y concedemos a todos los hombres el mismo privilegio: que adoren cómo, dónde o lo que deseen”³, y dado que hemos sido comisionados por Jesucristo para

“ha(ce) discípulos a todas las naciones”⁴, debemos dar nuestro testimonio al mundo *con espíritu de “mansedumbre y humildad”*⁵.

De manera que si un investigador sincero nos preguntase por qué debería unirse a nuestra Iglesia, ¿qué le responderíamos? En lo que sigue veremos algunos fundamentos sobre los cuales descansa la certeza de un testimonio, fundamentos sobre los cuales – tanto los investigadores como nosotros mismos – podemos edificar la fe.

Una casa de orden

En la trascendental sección 132 de Doctrina y Convenios existe una declaración decisiva: *“He aquí, mi casa es una casa de orden, dice Dios el Señor, y no de confusión”*⁶.

¿Podemos imaginar un Dios que avale la confusión, un Dios que se contradiga o dé su beneplácito a una diversidad de creencias que los hombres profesen respecto de Su naturaleza y Su voluntad?

Pablo, el apóstol, sabía que sólo en el orden podía encontrarse la verdad. Para él era claro que sólo existe “un Señor, una fe, *un bautismo*”⁷.

No se nos ha dejado huérfanos...

Poco antes de sufrir el tormento del sacrificio expiatorio, Jesús instruyó a Sus discípulos preparándoles para lo que sería el ministerio sin Su presencia física entre ellos. Les prometió que no quedarían solos para predicar el Evangelio.

“Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre:

“El Espíritu de verdad, al que el mundo no puede recibir, porque no le ve ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros y estará en vosotros.

“*No os dejaré huérfanos; vendré a vosotros.*”⁸

“Mas el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que os he dicho.”⁹

“Pero cuando venga el Consolador, a quien yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, el que procede del Padre, él dará testimonio de mí.”¹⁰

En esta última dispensación, el Señor volvió a reiterar estos principios:

“Por tanto, de cierto os digo, alzad vuestra voz a este pueblo; expresad los pensamientos que pondré en vuestro corazón, y no seréis confundidos delante de los hombres;

“porque os será dado en la hora, sí, en el momento preciso, lo que habéis de decir.

“Mas os doy el mandamiento de que cualquier cosa que declaréis en mi nombre se declare con solemnidad de corazón, con el espíritu de mansedumbre, en todas las cosas.

“Y os prometo que si hacéis esto, se derramará el Espíritu Santo para testificar de todas

las cosas que habléis.”¹¹

El testimonio es algo personal. No se puede prestar. Solamente a través del Espíritu Santo es posible alcanzar un testimonio acerca del Evangelio Restaurado. El desafío de Moroni es la clave para recibir la certeza de la veracidad del mensaje de nuestra Iglesia:

“Y cuando recibáis estas cosas, quisiera exhortaros a que preguntéis a Dios el Eterno Padre, en el nombre de Cristo, si no son verdaderas estas cosas; y si pedís con un corazón sincero, con verdadera intención, teniendo fe en Cristo, él os manifestará la verdad de ellas por el poder del Espíritu Santo;

“y por el poder del Espíritu Santo podréis conocer la verdad de todas las cosas.”¹²

La clave de nuestra religión

En Historia de la Iglesia, se registra la siguiente afirmación del profeta José Smith:

“Declaré a los hermanos que el Libro de Mormón era el más correcto de todos los libros sobre la tierra, y la clave de nuestra religión; y que un hombre se acercaría más a Dios al seguir sus preceptos que los de cualquier otro libro.”¹³

El presidente Ezra Taft Benson explicó:

“No es sólo que el Libro de Mormón nos enseña la verdad, aunque en realidad así lo hace; no es sólo que el Libro de Mormón da testimonio de Cristo, aunque de hecho también lo hace; hay algo más que eso. Hay un poder en el libro que empezará a fluir en la vida de ustedes en el momento en que empiecen a estudiarlo seriamente. Encontrarán mayor poder para resistir la tentación, encontrarán el poder para evitar el engaño, encontrarán el poder para mantenerse en el camino estrecho y angosto. A las Escrituras se las llama 'las palabras de vida' (véase D. y C. 84:85), y en ningún otro caso es eso más verdadero que en el caso del Libro de Mormón. Cuando ustedes empiecen a tener hambre y sed de esas palabras, encontrarán vida en mayor abundancia.”¹⁴

Quien obtiene un testimonio –a través del Espíritu Santo– de que el Libro de Mormón es la palabra de Dios tal cual lo enseña la Iglesia obtiene, a la vez, un testimonio de que José Smith fue un profeta, que el Evangelio ha sido restaurado en estos últimos días y que toda la cadena de hechos, principios, doctrina y conocimientos revelados desde aquella primavera de 1820 al presente son verdaderos.

La cuestión de la autoridad

Íntimamente ligado con el concepto de orden, está el concepto de *poder*. Desde el momento que el hombre acepta que Dios es todopoderoso, no le es posible imaginar siquiera los alcances de ese poder. Sin embargo, en todas las denominaciones que predicán a Dios, se afirma que el poder de Dios está en ellas y es administrado por sus representantes.

El ejercicio del poder implica necesariamente la delegación del mismo por parte de la fuente de poder; en este caso, Dios. Ello nos lleva al tercer concepto esencial sobre la cual debe descansar la relación de Dios con el hombre: *autoridad* para ejercer ese poder.

Por más buenas que sean las intenciones de una persona y por más caritativa que

resulte su obra , no puede alegar una representación legítima como siervo enviado de Dios a menos que le haya sido conferida la autoridad “para predicar el evangelio y administrar sus ordenanzas”¹⁵.

La conjunción *poder-orden-autoridad* necesariamente implica que, cuando Dios establece Su evangelio entre los hombres, lo hace a través de una única institución donde Su voluntad se manifiesta de manera unívoca, clara y organizada. Sólo así la luz disipa las tinieblas y Su pueblo se vuelve “uno en corazón y voluntad”¹⁶. Sólo así es posible que la oración intercesora que Jesús elevó a Dios antes de experimentar el sacrificio expiatorio se haga realidad:

“Mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos;

“*para que todos sean uno*, como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me enviaste.

“Y la gloria que me diste les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno.

“Yo en ellos, y tú en mí, *para que sean perfeccionados en uno*, para que el mundo conozca que tú me enviaste y que los has amado a ellos, como también a mí me has amado.”¹⁷

Lo que edifica es de Dios

A lo largo de la historia Dios ha revelado “muchos grandes e importantes asuntos pertenecientes al reino de Dios”¹⁸ y continuará haciéndolo. Felizmente muchas de esas verdades reveladas se encuentran contenidas en innumerables credos y organizaciones religiosas. Los Santos de los Últimos Días creemos en la verdad cualquiera sea el lugar donde se encuentre. Además del respeto que todos los credos nos merecen, nos alegramos de las porciones de verdad que se encuentran en ellos, puesto que, dice el Señor, “cualquier cosa que persuada a los hombres a hacer lo bueno viene de mí; porque el bien de nadie procede, sino de mí”¹⁹. “Y en tanto que los hombres hagan lo bueno, de ninguna manera perderán su recompensa.”²⁰

Aún así, a la luz de lo expuesto y no pudiendo negar lo que el Espíritu Santo nos ha comunicado, decimos con humildad y espíritu de mansedumbre que La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días es “la única iglesia verdadera y viviente sobre la faz de toda la tierra, con la cual ... el Señor, est(á) bien complacido, hablando a la iglesia colectiva y no individualmente...”²¹

1) *World Christian Encyclopedia* por Barrett, Kurian, Johnson (Oxford Univ Press, 2nd edition, 2001)

2) Barrett et al, volume 1, page 16, Table 1-5

3) Artículo de Fe 11

4) Véase Mateo 28:19

5) Véase Doctrina y Convenios 38:41

6) Doctrina y Convenios 132:8 (*cursiva agregada*)

7) Efesios 4:5 (*cursiva agregada*)

8) Juan 14:16-18 (*cursiva agregada*)

9) Juan 14:26

10) Juan 15:26

11) Doctrina y Convenios 100:6-8

12) Moroni 10:4-5 ; véase “PAGANDO EL PRECIO”, *SudMensaje* 14

13) *History of The Church of Jesus Christ of Latter-day Saints (Historia de la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días)*, 7 volúmenes, editado por Brigham H. Roberts, (Salt Lake City: Deseret Book, 1957), 4:461.

14) Conferencia general de octubre de 1986

15) Véase Artículo de Fe 5

- 16) Véase Moisés 7:18
- 17) Juan 17:20-23 (*cursiva agregada*)
- 18) Véase Artículo de Fe 9
- 19) Eter 4:12
- 20) Doctrina y Convenios 58:28
- 21) Doctrina y Convenios 1:30